

revistado, pero desgraciadamente muchas expresiones de este trozo y de los siguientes son completamente oscuras. «Entonces el ejército avanzó felizmente é invadió el país de los heruscha; luego avanzó felizmente y destruyó sus bosques, despues avanzó felizmente y cortó sus higueras y cepas.» Las aldeas fueron incendiadas, «muchos diez miles» muertos, y multitud de prisioneros llevados á Egipto. «Su majestad me felicitó por todo esto. Cinco veces me envió con el ejército para asolar el país de los heruscha á cada levantamiento.» Finalmente habla de una expedición naval, cuya relación es para nosotros ininteligible.

Como los combates de las minas del Sinaí no son para contados, esta es la primera y única guerra que encontramos mencionada en las inscripciones del Antiguo imperio, por mas que no pueda negarse en absoluto que algo análogo ocurriera durante las dinastías cuarta y quinta. Es imposible leer sin reírse la relación de Una, pues en ella se muestra patente el carácter anti-militar de los egipcios. Toda aquella gran guerra no fué mas que una correría que destruyó las cabañas y las plantaciones de los beduinos y en la cual fueron asesinados ó llevados á Egipto todos los hombres que cayeron en poder de los invasores.

Pepi, segun parece desprenderse del papiro de Turin, gobernó 20 años. De la hija de Chua, que tomó el nombre de Merire'-anchnes (es decir «Pepi es su vida») y cuyo hermano Za'u fué nombrado «verdadero príncipe y visir, tuvo dos hijos, que uno tras otro le sucedieron en el trono. El primero fué Merenre (1), que nombró á Una gobernador efectivo del Sur con el título de conde. Una tuvo, con otros, que extraer granito de las canteras de Elefantina y de la vecina Abhat para el sarcófago y las puertas de la pirámide del rey, y despues sacó de las canteras de la «ciudad de oro» (Alabastrópolis, junto á Siut), en el Egipto central, el material de alabastro para la mesa de los sacrificios. Para transportar estos materiales hizo que los caudillos de las tribus negras A'artet, Uauat, Amam y Maza, en Nubia, cortaran acacias con que construir buques.

Una parece haber fallecido durante el reinado de Merenre (2), habiéndole seguido al poco tiempo el rey al sepulcro. El cadáver de éste, que todavía se conserva, parece de un hombre joven. Siguióle su hermano Pepi II, apellidado Neferkare: este soberano es el Phiope de quien dice Manethon «que subió al trono cuando solo contaba seis años y gobernó hasta la edad de ciento,» y acerca del cual dice otra lista griega, que ha sido transmitida bajo el nombre de Eratóstenes y que le denomina Apappus, «que reinó 100 años, ni una hora menos.» Los extractadores han creído que realmente habia gobernado 100 años y cuentan por este dato la duración de su reinado, pero el mismo Manethon ha manifestado claramente que gobernó hasta los 100 años de edad, es decir, 94 años. Con esto concuerda el dato del papiro de Turin que coloca en el sitio correspondiente un reinado de 90 años (las unidades no se han conservado). No puede afirmarse en absoluto que este dato sea histórico: de ser cierto, este reinado hubiera sido indudablemente el mas largo de la historia, pues el mismo Luis XIV solo se sentó 72 años en el trono. En contra de la veracidad histórica de aquella cifra tenemos el hecho de que Pepi II sucedió á su hermano; se-

(1) El verdadero nombre de este soberano (Methesufis, en Manethon), es de pronunciación desconocida: quizás es Haremsaf.

(2) A él pertenece indudablemente el monolito funerario del «príncipe y gobernador efectivo del Sur, Una,» que encontramos en Mariette: *Catalogue d'Abydos*, n.º 529; lleva aquel, entre otros muchos, el título de sacerdote de las pirámides de Pepi I y de Merenre, que se adapta perfectamente á nuestro Una. Desgraciadamente Mariette nada dice acerca del origen de esta piedra sepulcral.

ria, pues, preciso admitir que nació despues de la muerte de su padre y esto es poco probable, pues Merenre era hijo de la misma madre y habia ya alcanzado la edad adulta.

Con Pepi II se extinguió el esplendor del Antiguo imperio. Su nombre y el de su pirámide están algunas veces mencionados en las inscripciones, y conocemos los sepulcros de algunos de sus funcionarios de corte y nomarcas; pero despues de esto, reina ya una completa oscuridad. Por mucho que se ha buscado, no se ha encontrado sepulcro alguno que pudiera ser atribuido á los tiempos de los soberanos posteriores; no ha parecido ninguna piedra conmemorativa de un rey labrada por ninguno de los sucesores de Neferkare. Hasta el florecimiento de Tebas no vuelve á hablarse ya de monumentos.

El material único de que podemos disponer para reconstruir la historia de esta época es sumamente escaso: los datos de Manethon, los fragmentos del papiro de Turin y una lista de 18 nombres de reyes que se encuentran en una tabla de Abydos, son todo cuanto poseemos sobre el particular. Veamos lo que puede determinarse con auxilio de estos datos.

A Pepi II sucedió, segun Manethon y segun la tabla de Abydos, un rey que se llamó como el hermano de aquel, Merenre II, Methesufis II, y que solo gobernó un año, ó un año y un mes, al decir del papiro de Turin. Despues de él, menciona Manethon á una reina llamada Nitocris, que reinó 12 años y con la cual este autor hace terminar la sexta dinastía. Refiérense acerca de ella distintos cuentos. Herodoto dice que su hermano fué asesinado por conjurados y que ella vengó su muerte invitando á los asesinos á un banquete que se celebró en un subterráneo hácia el cual dirigió las aguas del Nilo. Manethon cuenta de ella una anécdota que los griegos refieren á propósito de la tercera pirámide de Gizeh y segun la cual ésta era la sepultura de la hermosa prostituta Rhodopis: en los extractos se pinta á Nitocris, lo mismo que á Rhodopis, como una hermosa mujer rubia. Es muy raro que en todas las obras históricas modernas sean admitidas estas narraciones como moneda corriente.

Un nombre correspondiente al de Nitocris encontramos tambien en un fragmento del papiro de Turin (3), pero no está citado al final de una dinastía, sino que despues de él vienen los nombres de Neferka, Nefers y Ab. Mas importante es todavía que en el papiro sigan á Pepi II, no dos, sino siete ú ocho soberanos, de los cuales los cuatro últimos gobernaron dos, cuatro, dos y un año, algunos meses y algunos dias respectivamente, prueba segura de que se ofrece á nuestro exámen un período de anarquía, durante el cual eran continuas las luchas por la posesión del trono. El papiro termina la dinastía con nuevas sumas de años de reinados no conservadas que suben hasta Menes.

Manethon consigna á continuación una dinastía de setenta menfitas que reinaron 70 dias. Nada mas sabemos acerca de éstos; pero no es inverosímil la hipótesis de que ello no es mas que una tentativa fracasada para reemplazar la monarquía por una dominación aristocrática con un jefe amovible. Viene luego en Manethon una octava dinastía de 27 soberanos, oriundos tambien de Menfis, que se sentaron en el trono durante 146 (Var. 100) años. A ella corresponde en el papiro una serie de 18 soberanos que van agregados á la sexta

(3) La serie de reyes de Manethon se encuentra tambien en la lista de Eratóstenes, que en el fondo no es otra cosa mas que un extracto mutilado de Manethon. La serie menciona á Appapus (Pepi II), cien años; Echeshokaros (Merenre II), un año; Nitocris (como «Athene que lleva la victoria»), seis años. Por lo demás, sobre Nitocris véase á Stern en la *Revista Egipcia*, 1885, pág. 92: no comprendo por qué en este trabajo el nombre que en el papiro se escribe Ntaqrti no puede ser un nombre de mujer. Hay que hacer poco caso de la ortografía del papiro.

dinastía. Nada se sabe acerca de la duración de su gobierno; en cambio la mayor parte de sus nombres se encuentran en la tabla de Abydos y algunos tambien en los fragmentos del papiro.

Por estos nombres podemos, á lo menos, venir en conocimiento de que estos soberanos se consideraron como sucesores legítimos de la sexta dinastía, pues por lo menos seis de ellos ostentan el sobrenombre de Neferkare que llevó Pepi II; y casi todos los demás tienen nombres que encontramos en las anteriores dinastías ó parecidos á los de estas, tales como Menkare, Dedkare II, Merenhor, Sneferka, Neferkahor, Neferarkare II, cosa que no hubiera sucedido si se hubiese roto por completo con el pasado. Tambien es seguro que estos soberanos construyeron pirámides: muchas de las que en estado de ruina existen en Sakkarah deben ser atribuidas á ellos, como tambien probablemente las dos pirámides de ladrillo de Daschur. En la mas hácia el Norte de estas encontró Perring un fragmento de un nombre de rey que contenia la palabra ...kau, siendo muchos los nombres de los soberanos de la octava dinastía en cuya composición entra esa sílaba. Se comprende perfectamente que cuando los recursos del imperio no permitieron llevar á cabo construcciones de piedra, se apelara á los ladrillos. En Aburoasch, al Norte del gran cementerio de Menfis, encontramos tambien restos de pirámides de ladrillo y junto á ellas vemos las ruinas de las ya citadas pirámides de piedra, cuidadosamente conservadas, con el fragmento de una estatua de diorita que ostenta el nombre de Men...re. ¿Eran estas resultado de una tentativa de volver á las antiguas construcciones grandiosas? ¿Perteneció la necrópolis de Aburoasch, completamente destruida, á la octava dinastía (1)?

El hecho de que durante la octava dinastía decayera cada dia mas el poder real y los reinados fueran sumamente cortos explica que no poseamos monumentos de aquellos soberanos, si bien, dicho sea de paso, tampoco los encontramos con mucha frecuencia, á excepcion de las pirámides, en las anteriores brillantes dinastías (2). Pero ¿por qué desaparecen por completo los sepulcros de los magnates? La nobleza durante la duodécima dinastía era mucho mas poderosa que durante la sexta, y no es probable que en el período que media de esta á aquella quedara debilitado su poder. Sabemos tambien que la dominación de los distritos continuó vinculada en las mismas familias: los nomarcas del distrito de las Liebres designan como antecesores suyos á los señores de distrito del tiempo de Pepi (3). ¿Por qué no construyeron durante la octava dinastía ningun sepulcro en las peñas, como hicieron sus antecesores y sus sucesores? ¿En dónde fueron enterrados los muchos funcionarios de la corte que antiguamente levantaban sus tumbas en los cementerios de Gizeh y de Sakkarah? ¿Es que renunciaron á tener una «casa para la eternidad»? Maspero no abandona la esperanza de encontrar en alguna parte una necrópolis de la octava dinastía; pero hasta ahora todas las investigaciones han sido inútiles, y ¿cómo se explica que en Gizeh y en Sakkarah, que desde el tiempo de Snofru hasta el de los Tolomeos sirvieron de necrópolis á la nobleza

(1) Las dos pirámides pésimamente construidas de Licht, mas arriba de Menfis, no se remontan, segun Maspero: *Mémoire de la mission française*, fasc. 2, 188, mas allá de la undécima dinastía.

(2) Los dos únicos nombres de reyes pertenecientes quizás á la octava dinastía que encontramos en una inscripción contemporánea de ésta, son el de un rey Neferkare, en Elefantina, Mariette: *Mon. div.*, pág. 54 f, y Mencheperu en Elkab; Stern: *Revista Egipcia*, 1875, pág. 72. Mas adelante se encuentra el nombre de Menkare en una lista de reyes de Sakkarah. Lepsius: *Mon.*, tomo II, pág. 152 d.

(3) Lepsius: *Mon.*, tomo II, págs. 112 e y 113 b c.

de Menfis, no aparezca ninguna tumba que pueda ser atribuida á la octava dinastía?

Este fenómeno únicamente puede ser debido á que los magnates, por independientes y ricos que fuesen, no pudieron librarse de la influencia de la situación política general. El bienestar público habia sufrido un retroceso; el estado floreciente de la cuarta dinastía habia desaparecido por completo. La anarquía y la guerra civil pudieron enseñorearse del país y cuando los nomarcas fueron molestos al rey, la otra nobleza hizo muy amarga la vida de los señores de distrito. La unidad exterior del imperio pudo muy bien haber desaparecido y mas adelante veremos que hubo una larga serie de soberanos del Alto Egipto residentes en Tebas que despues gobernaron todo el Egipto como reyes de la undécima dinastía y cuyos comienzos alcanzan á la época de la octava.

¿Hubo, además de esto, luchas con el extranjero é invasiones enemigas? Hace diez años, el erudito ruso Golenischeff publicó algunos datos sobre un papiro, no publicado, que existe en San Petersburgo (4) y en el cual se habla de Snofru y del curso de las luchas con Amu, es decir, con las tribus de Siria, que ocurrieron en tiempo de los reyes Chruiti y Ameni. El primero es un soberano de la octava dinastía y un fragmento del papiro de Turin le designa como el cuarto rey de la misma. Ameni pertenece probablemente á la llamada undécima dinastía. Cuando sepamos algo mas acerca de este papiro, quizás veremos qué relación cronológica existe entre ambos y podremos contar con un punto de apoyo para fijar la duración de esta época.

En otros pasajes se han conservado tambien huellas de estas luchas. El papiro habla de la construcción de una fortaleza en el istmo de Suez, de una «muralla del príncipe que ha de defender á Egipto contra la invasión de Amu;» y en una obra de literatura, que trata de la duodécima dinastía (las memorias de Seneha), se habla tambien de esta «muralla del príncipe para defensa contra Amu,» muralla que cerraba la salida de Egipto y estaba perfectamente vigilada. ¿Sirvió de ejemplo á estas luchas la guerra contra los heruscha que estalló en tiempo de Pepi I? En una inscripción de Dendera se dice que el subterráneo del templo no habia sido pisado nunca, durante las invasiones enemigas, por un pié impuro, ni por los persas, ni por los fenicios, los pueblos del Norte, ni los heruscha. No hay que dar mucho crédito á este dato del tiempo de los Tolomeos, pero puede muy bien ser que se refiriera realmente, como muchas veces se ha supuesto, á una invasión del tiempo de la octava dinastía.

Mas oscuros son todavía los tiempos que siguen. En Manethon vienen despues de la octava dinastía dos dinastías de Heracleópolis, la novena con 19 reyes que reinaron 409 años y la décima con otros 19 monarcas que gobernaron 185 años. El primero de ellos es Achthoes, «que fué mas malo que todos los reyes que le habian precedido é hizo mucho daño á los habitantes de todo el Egipto: luego se volvió loco y fué devorado por un cocodrilo.» Los extractadores no nos han conservado otros nombres. En las tablas de reyes de los monumentos están omitidas las dos dinastías y lo propio vemos en el papiro de Turin. Este, despues de los 18 reyes pertenecientes á la octava dinastía, pasa á tratar de los seis últimos de la undécima, oriundos de la dinastía tebana, únicos que gobernaron sobre todo el Egipto. Indudablemente los violentos soberanos de Heracleópolis fueron considerados como usurpadores ilegítimos, á quienes no se concedió honrada memoria. Pero el papiro de Turin ¿siguió un verdadero orden cronológico? Los reyes legítimos de Menfis ¿tuvieron una existencia aparente hasta que fueron destronados por los

(4) *Revista Egipcia*, 1876, pág. 109.

reyes de Tebas? ¿Dominaron los heracleopolitas únicamente una parte del Egipto? ¿Es su usurpación simplemente un paréntesis transitorio, abierto en la serie de soberanos legítimos, paréntesis que se disimula por medio de una ficción cronológica (1)? ¿O es que el autor al omitir los nombres de los reyes pasó también por alto los años en que dominaron sobre todo el país, dejando de esta suerte un vacío cuya duración no puede determinarse? Mientras estas preguntas no puedan ser debidamente contestadas, nos faltarán los medios necesarios para calcular el tiempo que media entre el Antiguo imperio y el Medio; y si consigno como cifra mínima para el espacio entre principios de la sexta y fines de la undécima dinastía la cifra de 400 años, esto solo debe ser considerado como una conjetura aproximada. Los datos manethónicos dan á este período una extensión de 980 años, cifra algo exagerada teniendo en cuenta la relación en que están los primeros monumentos del imperio Medio con los últimos del Antiguo.



Esfinge de Tanis, de granito negro  
(según Perrot y Chipiez).

y su sarcófago hecho pedazos, mientras que el resto de las inscripciones se conservó incólume. Lo propio sucedió en la gran pirámide, cuyo sarcófago fué sacado de su sitio, rota su tapa y destruido el cadáver de Chufu. Petrie, que fué el primero en observar estos hechos (2), dice con razón que estas no son destrucciones casuales realizadas en época posterior con el objeto de buscar tesoros en las pirámides, sino devastaciones intencionadas de todos los restos de una persona odiada, solo concebibles en un tiempo en que estos reyes eran todavía figuras de reconocida magnitud y en que se sabía y se comprendía lo que habían valido como soberanos. Al destruir sus cadáveres, sus estatuas y sus nombres, se destruía, según creencia de los egipcios, la continuación de sus personas y se les infería, por tanto, después de su muerte, el mayor castigo que podía imponerse á un hombre. Esto nos demuestra la existencia de un período de guerra civil y es la manifestación de una revolución que rompió con todo lo antiguo y quiso destruir el Estado tal como hasta entonces había existido. Por todo esto venimos en conocimiento de cuáles fueron las violencias de Achthoes y el motivo por qué Ma-

(1) ¿Constituye un acomodamiento análogo, aunque en sentido inverso, el hecho de que Manethon solo consigne 140 años de reinado para los 27 soberanos de la octava dinastía?

(2) *Pyramids of Gizeh*, págs. 66-89.

¿Quiénes eran los heracleopolitas? ¿Descendían de la Grande Heracleópolis, la antigua ciudad ilustre de las cercanías de Fayum que los egipcios llamaron Chinensu, ó de la Pequeña Heracleópolis ó Sethroe, situada en el delta oriental cerca del lago Menzalé? Y si eran oriundos de esta última, ¿tenían alguna relación con las luchas antes mencionadas con los asiáticos? ¿Significaba su soberanía una dominación extranjera en Egipto?

Sea de esto lo que fuere, sus huellas aparecen claras en los monumentos. En el templo de granito de Cha'fre', en Gizeh, las estatuas del soberano de que antes hemos hablado fueron arrancadas de sus sitios, destruidas y arrojadas á un profundo pozo. En las pirámides de Gizeh, lo propio que en Aburosch se encuentran las ruinas de las estatuas de reyes labradas en diorita, que fueron también destruidas y rotas en pequeños pedazos. En la pirámide de Pepi I, el nombre del rey, que se encontraba en las inscripciones de las paredes, fué borrado

ofrecen un grupo, encontrado también en Tanis, compuesto de dos figuras de hombre en pie sobre unos altares adornados con flores de loto, aves acuáticas y peces, y también la parte superior de una estatua que se encontró en Fayum, en la aldea Mit-Faris, y una cabeza que se conserva en Roma, en la villa Ludovici. Es indudable que estos son productos de un arte extranjero, aunque propio del Bajo Egipto: el poder de los soberanos, durante cuyos reinados se ejerció este arte, se extendió temporalmente por lo menos hasta Fayum. En estos monumentos enigmáticos consignaron sus nombres muchos soberanos, entre ellos Merneptah de la 19.<sup>a</sup> y Pseba'ennu, de la 21.<sup>a</sup> dinastía; además, en el hombro derecho de una de las esfinges se encuentra el nombre de un rey hyksos llamado Apopi. Por esta razón Mariette ha atribuido estos monumentos á los hyksos, opinión que ha sido generalmente adoptada, pero recientemente ha observado que el nombre de Apopi ha sido ligeramente raspado y es tan poco originario como el de los demás soberanos. En el pecho de la esfinge hubo indudablemente, en un principio, otro nombre muy distinto que ha desaparecido por completo (1). De esto deduce con perfecta razón que estos monumentos no fueron construidos por los hyksos, sino que datan de más antiguo, por cuyo motivo Erman ha supuesto que procedían de los heracleopolitas.

Esta opinión no puede ser demostrada de una manera positiva, pues el origen de los monumentos está envuelto por completo en tinieblas, pero á lo menos une los mayores visos de verosimilitud. Se ha querido encontrar el tipo de nuestros monumentos en los habitantes de los alrededores del lago Menzalé, suposición que quedaría completamente aclarada si los heracleopolitas descendiesen realmente de esta comarca. Sin embargo, el tipo dista mucho de ser semítico y los hyksos fueron, según todas las probabilidades, semitas.

Quizás no será aventurar demasiado, pues que estamos en un terreno en que solo de hipótesis partimos, exponer una nueva suposición. Ya hemos visto que la forma de esfinge era de todo punto ajena al Antiguo imperio, mientras que, á ser ciertas las indicaciones de los citados monumentos, era conocida por los heracleopolitas. ¿Ha sido, pues, dicha figura creada por estos? ¿Es debida á ellos la enigmática gran esfinge

(1) *Guide du Musée de Boulaq*, 1883, págs. 64-71.

de Gizeh? La circunstancia de que los egipcios la designan como imagen del dios-sol, al paso que por regla general la esfinge es la representación de un rey, parece argüir más en



Parte superior de la estatua de un rey  
(según Perrot y Chipiez).

pro que en contra de esta suposición. En cierto modo, contra los constructores de pirámides, la colosal obra de roca fué construida en este sitio.

Tiempo es ya de poner fin á estas observaciones. Todo lo que á esta época se refiere se reduce casi exclusivamente á preguntas para las cuales no tenemos contestación. Solo una cosa resulta segura y es que los golpes que destruyeron las estatuas y los nombres de Chufu y de sus sucesores determinan, á los ojos de todo buen observador, el fin del Antiguo imperio.